

sible del que lo contempla, y hace rebosar la alegría entre las divertidas familias, que tal vez en estas solas ocasiones, han salido á gozar del hermoso panorama de los campos, y de la magnífica vista del conjunto de las aguas. Felizmente casi nada viene á turbar estas inocentes diversiones, pues fornidos y ágiles remeros conducen diestramente las canoas destinadas al efecto, ó bien navegan á la palanca por los caminos principales y savanas, cubiertas entonces por las aguas mansas que se han esparcido, cuya profundidad en estos paseos, apenas es de tres á cuatro pies. Ni la idea de grandes padecimientos en las familias proletarias, cuyas casas hasta un tercio están bajo las aguas, puede contristar á los alegres viageros; pues si bien, entonces esas familias tienen que dormir en sus *tapanos* (1), acompañadas de sus perros y gallinas; esta penosa situación que no dura sino dos ó tres días, se dulcifica con la abundante caza y pesca que les proporciona una creciente, y disfrutan además, las facilidades de conducir y vender á mejores precios sus frutos antes estancados. Son no obstante, muy pocas las casas que son invadidas por las aguas de una avenida, pues al tiempo de constriarse en un cuidado de elegir el terreno mas elevado, si lo hay cercano, ó se alza artificialmente y se rodea de estacadas para impedir su desmoronamiento, y por este medio se precavan los efectos de una inundación.

Regularmente estas no duran en las tierras próximas á la sierra, sino doce á veinticuatro horas ó lo mas; pero son tambien allí mas rápidas y sorprendentes, pues las aguas descienden muchas veces con una violencia espantosa, y llenan y desbordan en pocas horas á los rios, pues no habiendo por esos rumbos lagunas ni bajos por donde pudiesen desahogarse, se derraman sobre los caminos principales, que comunmente están paralelos con los rios, y los cubren las aguas como á los terrenos inmediatos, hasta seis y ocho piés de altura sobre su superficie; mas en los parages distantes, doce ó quince leguas de las sierras hácia la costa, las crecientes las dan mas tiempo, y se presentan con menos impetuosidad; y cuando empiezan las aguas á bajar, es con lentitud, pues hallándose toda la superficie del país cubierta de una gran cantidad de aquellas, los desagües de las barras no son suficientes para arrojarlas al mar con mucha prontitud; pero á los quince días de la mayor creciente, si no ha sobrevenido algun fuerte norte que vuelva á renovarla con mas ó menos fuerza, todos los terrenos bañados por

(1) Especie de cielo grueso de las casuchas del campo, compuesto de palos ó cañas colocadas horizontalmente, y unidas entre sí por medio de junco que los sujetan.

la avenida quedan enjutos; y esta es la razon por que durante una inundacion, se nota esa actividad y movimiento en los trasportes, pues es necesario entonces aprovecharse de las facilidades que se tienen á la mano, y que tal vez no volverán á presentarse sino hasta después de corrido un año.

Tales son los resultados y ventajas de un acontecimiento, que en otras partes se mira con terror ó como una calamidad pública, y que en Tabasco despierta mil intereses, y produce mil beneficios.

México, 10 de Diciembre de 1843.—M. Z. y Z.



A UNA MARIPOSA.

Ligerilla,
Mariposa
Que volando
Placentera
De los nardos
A la rosa,
De los mirtos
Al jazmin;
Con tus galas
Y colores
Siempre inquieta
Revolando,
Juzgas pocas
Tantas flores
Mariposa
Para tí.

Vuela, vuela,
Cautelosa,
No te pares
En ninguna,
Que tras esa
Miel sabrosa
Hay veneno
Matador.

En el mundo
Las mugeres
Miel ofrecen,
Flores son;
Pero cuestan,
Sus placeres,
Una vida
De dolor.

J. M. ESTEVA.

AL RIO DE MEDELLIN.

Corre tranquilo, magestuoso rio, mientras sentado aquí á la sombra de esta verde palmera que se mueve al soplo de la brisa, te contemplo y lloro con el recuerdo de esas horas de placer y de ventura, por las que ha resbalado mi existencia en estos mismos sitios, ahora tan tristes y solitarios. Yo te he visto, rio, alegre y bullicioso, arrastrar tus aguas cristalinas entre multitud de frescas y vistosas enramadas: yo he surcado tus aguas en una ligera barquilla, al lado de una virgen mas hermosa que el primer rayo de luz que dora la superficie de los mares, y mas pura que la gota de rocío, que duerme en el cáliz de la flor. Con sus esbeltas formas, y suelto sobre la espalda su rubio cabello, yo la juzgaba en mi enagenamiento con el dulce descendido del cielo, para divinizar mi existencia, ó una sílfide nacida de tus cristalinas ondas, para llenarla de placer y de ventura. Nuestros acentos de amor se mezclaban con el dulce murmullo de tus aguas, y respirando el aroma voluptuoso de los sálfiles y jazmines que adornaban tus orillas; y acariciados por la fresca y consoladora brisa, nos adormiamos, dulcemente arrullados con los rumores del bosque, con el armonioso canto del enamorado cenizote, y con el quejido triste y monótono de la sensible tórtola. Tú me viste feliz y contento, adornar con corona de jazmines la frente de mi querida; é imprimir en su mano de marfil el beso del amor. Su seno, mas blanco que la nieve, se movia agitado, como se mueve oscilando la espuma de los mares; y tal vez, tú participaste de mi entusiasmo, cuando una nube de rosas dibujó el pudor en su semblante; cuando sus negros y brillantes ojos ligeramente empañados con la lágrima del placer, clavaron en los míos una mirada lánguida y apasionada; y cuando resbalaron por sus nacarados lábios aquellas palabras de amor, mas dulces que la miel que sale del nectario de las flores, y mas tiernas que las notas con que canta el ruiseñor las oraciones de la noche. Escucha mis quejas, magestuoso rio; aquellos tiernos juramentos; aquellas horas de felicidad y de ventura, huyeron veloces y se han perdido en la nada, como huyes tú á perderse entre las aguas de un mar agitado y borrascoso. El tiempo pasa, y arrastra consigo las horas felices de nuestra vida. Todo huye con él, y se pierde en lo pa-

sado, dejándonos tan solo un reoenero y algunas lágrimas que verter. Tú mismo corrias ayer risueño y bullicioso: tus cristalinas aguas se rizaban al soplo de una brisa, embalsamada con el aroma de las flores, y hoy corres magestuoso é imponente, cubriendo hasta los bordes de tu cauce, y arrastras en tus turbias aguas, los troncos de árboles gigantes que has arrancado en tu furor. Dime, rio, ¿adónde están aquellos cuadros llenos de encanto y de poesia, que presentabas por todas partes, y que mas de una vez, en el silencio de la noche, y á la pálida luz de la luna vine yo, gozando, á contemplar? ¿Adónde están los innumerables *cocullos*, que con sus bellas lumes iluminaban débilmente la bóveda de laureles que te cubría? ¿Adónde ese ambiente voluptuoso que se respiraba junto á tí. Dime, en fin, ¿adónde están esas hermosas virgenes que ayer recibias en tu seno, y cuyas esbeltas formas se dibujaban graciosamente en el cristal de tus aguas; esas verdes y vistosas enramadas, á cuya sombra te desizabas tú en el caloroso día; esas ligeras barquillas que te surcaban, y ese ruido y alegría que se escuchaba por todas partes? Hoy reina un silencio sepulcral en tu rededor, que interrumpe de vez en cuando el rechinido de algun árbol que desgaña el viento, y el sordo rumor con que le arrastras. El pueblo que se levanta en tus orillas, duerme desierto y solitario, como el náfrago infelice duerme el sueño de la muerte en las orillas de un mar enturpecido. Corre, corre, magestuoso rio: tú tambien me has visto ayer alegre y placentero, cantar beodo de amor y de ventura, las felicidades de la vida; y hoy me miras en tu márgen, contemplándote triste y silencioso, y derramando amargas lágrimas, que caen y desaparecen entre tus turbias ondas.

Veracruz, Noviembre de 1843.

JOSÉ MARÍA ESTEVA.

PENSAMIENTO INGENIOSO DE UN ESPAÑOL.

Uno de los últimos reyes de España, á quien la suerte de las armas habia quitado muchas plazas importantes, recibia no obstante de sus condesanos el título de grande.—"Su grandeza," dijo un español, "es como la de las zanjias, que son mayores cuanta mas tierra les quitan."

GUADALAJARA.

LAS DELICIAS DE JALISCO.

WALS PARA FORTE-PIANO,

COMPUESTO Y DEDICADO AL

SR. D. JOSE FRUTO ROMERO.

POR SANTIAGO DIAZ DE HERRERA.

TIEMPO
DE
WALS.

First system of the musical score. It consists of a vocal line and a piano accompaniment. The vocal line begins with a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a 3/4 time signature. The piano accompaniment starts with a bass clef, the same key signature, and a 3/4 time signature. The first measure of the piano part is marked *P. dol*. The system concludes with a double bar line.

Second system of the musical score, continuing from the previous page. It features a vocal line and piano accompaniment. The vocal line includes the lyrics "ten" and "loco". The piano accompaniment includes dynamic markings such as *p*, *f*, *sf*, *cres*, *ff*, and *fin.*. The system concludes with a double bar line.

cre - - - cen - - - do f di - - - mi - - -



nu - - en - - do *p*

This system contains the first two staves of music. The upper staff is in treble clef with a key signature of one flat (B-flat). The lower staff is in bass clef with a key signature of one flat. The lyrics "nu - - en - - do" are written under the first few notes of the upper staff, with a dynamic marking of *p* (piano) following.



f

This system contains the second two staves of music. The upper staff continues the melody, and the lower staff provides accompaniment. A dynamic marking of *f* (forte) is placed above the first few notes of the upper staff.



p *f* D. C.

This system contains the third two staves of music. The upper staff concludes with a double bar line. The lower staff continues with accompaniment. Dynamic markings of *p* (piano) and *f* (forte) are present, along with the instruction "D. C." (Da Capo) at the end of the system.



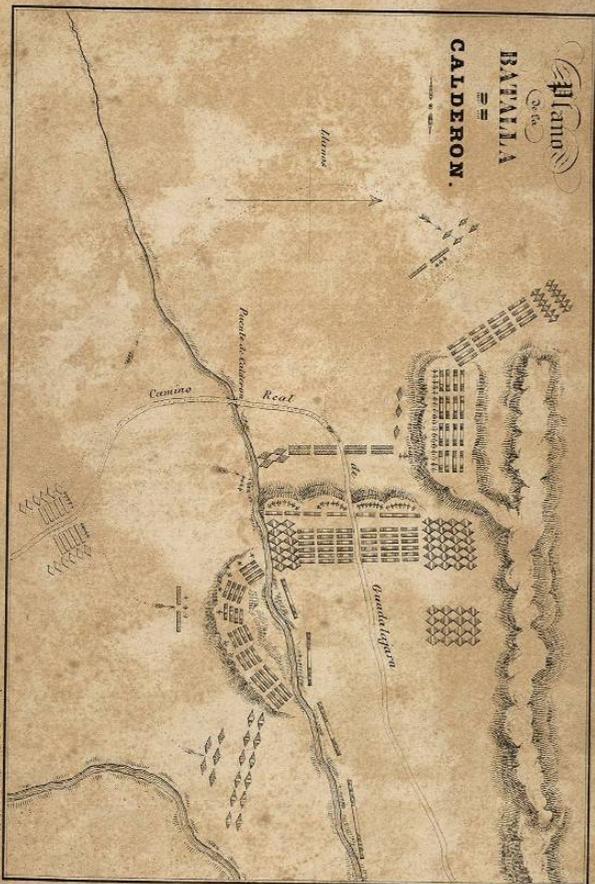
RECUERDOS DE UN DIA EN EL PUENTE DE CALDERON.

En Homage

AL CRONISTA DE LA LUCHA DE LA INDEPENDENCIA;

EN MUESTRA DE AMISTAD,

AL SR. D. CARLOS MARIA BUSTAMANTE.



El día 8 debíamos hacer la jornada que hay de Zapotlancjo á Tepatitlan, y yo resolví que nos levantásemos mucho antes de la salida del sol, no para llegar temprano á aquel lugar; sino para permanecer todo el día en *Calderon*, y recorrer detenidamente los lugares en que el 17 de Enero de 1811 se dió la terrible batalla de éste nombre, y en la cual la fortuna tres veces favorable á los heroicos campeones de la independencia, les volvió al fin las espaldas, dando al ejército español el triunfo mas importante que alcanzara en la lucha de la independencia.

El nombre de *Calderon* nunca fué para mí un nombre vulgar. Enlazado con los mas grandes sucesos de mi patria, habia sido en particular para Guadalajara el desenlace de un drama terrible. Las batallas de la Barca y Zacacolco, en que habia muerto la florida juventud de la ciudad: la entrada triunfante de Torres, precedida de un aparato indecible de terror y de la huida del obispo, suceso extraordinario entonces: la aparición de Hidalgo y su mando: la concentración del ejército independiente, y los preparativos de la batalla: la persecucion y la muerte de los españoles sacrificados al recelo de un motin interior: la derrota de ese ejército, anunciada por centenares de fugitivos: el terror con que se aguardaba al implacable Flon: la entrada de Calleja y las ejecuciones con que ensangrentó la ciudad; todos estos sucesos pasados del 11 de Noviembre al 21 de Enero, habian dejado en cada familia memorias dolorosas y recuerdos de espanto que aquella generacion no podia olvidar, y que los que nacimos algunos dias despues de tan terribles sucesos, recogiamos desde nuestra mas tierna infancia. Antes de poder comprender lo que era una batalla, ni por qué se habia dado el terrible combate, el nombre de *Calderon* era para nosotros un nombre de infortunio, de sangre y de lágrimas, impreso en el alma por los primeros recuerdos de la infancia, é íntimamente ligado despues con la idea del sacrificio de los parientes y los amigos de nuestras fa-

milias, del terror y la desolacion de una ciudad entera, de la sanguinaria venganza de los opresores estraños, y del infortunio de nuestra patria.

Calderon era, pues, para mí, como para tantos otros, un nombre de indefinibles emociones, un recuerdo doloroso y de gloria á la vez; y por el sentimiento natural que escita nuestra curiosidad, deseando ver los lugares en que se han verificado los grandes sucesos históricos, yo ansiaba, hacia mucho tiempo, por pasar en *Calderon* algunas de aquellas horas solemnes de meditacion que se pasan en la soledad, ocupada la mente de serias reflexiones, y conmovido el corazon con el recuerdo de los pasados sucesos. Durante mi vida he contemplado muchas veces los lugares de nuestras ciudades consagrados por alguna memoria, y yo no sé por qué la vista de los hombres despoja de sus encantos á estos monumentos; mientras que en la soledad adquieren un no sé qué de grave y de solemne, que hiera el alma y la aterra.

Tal fué lo que sentí en *Calderon*. La mañana estaba fría y nublada, como mañana de Diciembre: el viento sutil del Norte penetraba nuestros poros; produciendo un sordo murmullo las hojas secas de algunos árboles, y las estremidades de inmensas tablas de sauce seco, sobre cuya superficie el aire describía mil fantásticos dibujos: delante de nosotros se divisaban las altas cimas de los montes, y á nuestros piés, y á nuestro alrededor habia una loma árida y desigual, sin árboles y sin agua, de un color rojizo y lleno de pedruzcos: en el fondo se veían algunos jacales y uno que otro animal pastaba ruminando en el campo. Estábamos en *Calderon*, en *Calderon* que silencioso ahora, fué con todo un día el lugar en que cien mil hombres se reunieron para destruirse, para empapar aquel campo en sangre, y dejar sobre él centenares de cuerpos humanos que sirviesen de pasto á las aves de rapina y á los animales feroces de aquellas cercanías: aquel silencio volvió luego, y no volverá á interrumpirse quizá hasta el fin de los siglos.

Yo llevaba una copia del plano de la batalla, levantado por el estado mayor del ejército realista y publicado por Torrente, y guiado por él logré situarme en la loma que se ve al Norte, y desde cuyos puntos mas elevados se distinguen bastante bien el frente, los flancos de la derecha y los contornos de la loma, que á la izquierda se estiende hacia el Oriente del mapa. Esto era lo que yo deseaba: saqué mis apuntes, coloqué el plano, y comencé á compararlo con el campo famoso que tenía delante. El lector me permitirá que lo traslade á la escena que yo recordaba, y que le diga sobre ella lo que he investigado, con las penas y dificultades que por la incuria de los contemporáneos cuesta ya aclarar los hechos históricos mas importantes y mas recientes.

El campo de Calderon fué escogido para la batalla, por dictamen de Allende y Abasolo, quienes lo juzgaron como el mas apropiado para resistir al ejército realista que iria indudablemente á combatir á los gefes de la independencia que ocupaban á Guadalupe. Todos previeron la inevitable necesidad del combate, y diferieron solo en cuanto al plan de resistencia, para cuya determinación se reunió una junta. Allende, que conocia la disciplina militar y apreciaba sus ventajas, temiendo el desorden de las masas desarmadas con las que hasta entonces habian combatido, proponia que se dejasen en Guadalupe, y saliera solo en busca de Calleja una division poco numerosa, y compuesta de los soldados mas disciplinados, la que aventuraria un combate, contando con tener segura la retirada, y un buen punto de defensa en Guadalupe, donde quedaria instruyéndose una fuerza considerable. Hidalgo contradijo este parecer: hizo presente que la poca fuerza regularizada que tenían, en su mayor parte no podia competir en disciplina con las tropas del gobierno, de suerte que no pudiendo en el principio de la guerra apelar á otro recurso que al de la superioridad numérica que les habia dado el triunfo en otras partes, era preciso oponerlos á Calleja: manifestó que aquellas masas eran mas útiles, mientras mas cerca estuviesen del centro, porque en las marchas se debilitaban por la desercion y los desórdenes; y espuso el peligro de que retirada de Guadalupe la fuerza mas respetable, fuese atacada la ciudad por el gobierno ó de que en todo caso se cortara la retirada á Allende. La mayor parte de los gefes fueron de este dictamen, y se resolvió luego dar la acción en un lugar cercano, y separado solo de la ciudad lo necesario para que esta no sufriese los desastres de la batalla. La eleccion recayó en el puente de Calderon, y desde aquel día, el nombre oscuro y olvidado de este lugar, perteneció á nuestra historia.

La razon de esta preferencia, me parecia obvia mirando el campo, y los hombres del arte nunca la han negado. Calderon se halla situado diez leguas al Este de Guadalupe, y la configuración del terreno es la que denota el adjunto plano, y que se percibe á primera vista. Un pequeño riachuelo conocido con el nombre de Calderon, atraviesa de Oriente á Poniente una loma como de tres cuartos de legua de estension, y con el tiempo ha hecho un cauce tan profundo, que se tiene como invadable; por lo que en el punto mas cómodo, se construyó un puente, que fuera de su celebridad histórica, nada tiene de notable, ni por sus dimensiones, ni por su arquitectura: es uno de esos puentes de un solo arco y con dos groseros pasamanos de piedra, que á cada paso encontramos en los caminos. A poco hay un rancho de tres ó cuatro miserables chozas, y siguiendo al Sureste, se ve al frente un pequeño llano, limitado por el arroyo de las Amarillas, que como el Calderon, desemboca en el rio Toluololán. Las grandes fuerzas numéricas del ejército americano, podian cubrir facilmente una inmensa linea cuando toda la loma que se estiende desde cosa de media legua al Norte del Puente, hasta tocar las riberas del arroyo de las Amarillas. Ocupando todos estos puntos el frente por donde tendria que llegar el ejército español, y el puente mismo, quedaban del todo descubiertos, y bajo los fuegos del campo independiente, de manera, que habiéndose las con un ejército instruido y bien armado, el paso hubiera sido imposible.

Escogido ya el lugar, la batalla no podia diferirse. Venegas que conocia la importancia de la celeridad, dirigió sobre Guadalupe tres ejércitos que debian atacarla en combinacion. El mas considerable, mandado por Calleja y su segundo el conde de la Cadena, constaba de cosa de 6.000 hombres, y victorioso en Acapulco y en Guanajuato, se dirigia por el Bajío, pacificando de paso algunas ciudades de tercer orden, como Silao, Leon, Lagos y Aguascalientes, en las cuales encontraban cortas partidas de insurgentes, incapaces de resistir al ejército de Calleja. La segunda division, compuesta de 3.000 hombres, y mandada por D. José de la Cruz, se dirigia por el rumbo de Valladolid, y despues de restablecer en aquella ciudad el gobierno virreinal, debia atacar á Guadalupe en combinacion con Calleja. Con el mismo objeto habia una tercera division al mando de D. Antonio Cordero, gobernador de Coahuila, quien con las tropas de las provincias internas, se dirigia por S. Luis y Zacatecas. Cordero no pudo llegar porque el teniente coronel D. Ignacio Elisondo sublevó sus fuerzas. Cruz ocupó sin dificultad á Valladolid y salió inmediatamente para verificar su movi-

miento sobre Guadalupe; mas en el tránsito tuvo que batir á D. Ruperto Mier que se habia hecho fuerte en Urepetiro, y así el día 14 se encontraba todavía á mas de sesenta leguas de Guadalupe, mientras que Calleja el 15 podia estar ya enfrente de las lomas de Calderon.

Hidalgo, sabedor de su marcha, determinó tambien que el mismo día 14 comenzasen á salir de Guadalupe las fuerzas independientes, que llegaron el 15 á Calderon y establecieron alli sus baterías el mismo día; de modo que la mañana del día 16, el ejército todo estaba ya acampado.

Si Calleja hubiera observado fielmente las órdenes de Venegas, y hubiera cuidado mas de la seguridad del triunfo, que del brillo de su fama, hubiera debido aguardar á Cruz y atacar en combinacion con él. Pero Cruz acababa de vencer solo en Urepetiro: era el rival que Venegas lo oponia, y deseando no partir con persona alguna el honor de una victoria tan importante, Calleja el día 16 movió su campo de Tepatitlan, tan mal instruido de los proyectos y la situacion del ejército independiente, que, segun dijo en su parte al virey, pensaba ocupar á Calderon, tanto tiempo hacia destinado por sus contrarios para dar en él la batalla decisiva. Aquella mañana, pues, aquella mañana para siempre memorable, los dos ejércitos se vieron por la primera vez, con los sentimientos indefinibles de espanto, de furor y de venganza, con que debian mirarse los que saben muy bien que van á manifestar un horrible contingente de odio y de barbarie, y que no tienen medio entre derramar la sangre ajena y verter la suya propia. Aterradora fué sin duda la vispera de aquella batalla, y cuando yo dirigia mis miradas al terreno en que cien mil hombres tuvieron un día aquellos sentimientos terribles: cuando me figuraba que aquellos campos que tan tranquilos y solitarios fueron el teatro de la tremenda lucha; mil y mil pensamientos se sucedian en mi mente, y necesitó un grande esfuerzo para fijar mi atencion en el plano y los extractos que llevé, con objeto de conocer los lugares en que ambos ejércitos se situaron.

Comenzando por el en que me hallaba, vi luego que en él se habia establecido el grueso de las fuerzas independientes. Una batería de 67 cañones, defendida por una columna cerrada de infantería, y apoyada en una linea cuadrupla de infantería, constituia la fuerza principal del ejército, y estaba á las órdenes de D. José Antonio Torres, ocupando el frente de la loma que ve al puente. Desde allí está completamente dominado el terreno que hay entre éste y el que ocupó la batería, y hacia la izquierda se estableció una linea cuadrupla de batalla, formando un ángulo saliente con ella. En la izquierda de esta loma estaba la segunda batería defendida con doce ca-

ñones, y luego, pasando el rio, seguia otra con solo siete, colocada en la prolongacion de la altura que se advierte en el plano y es muy notable en el terreno. De estas dos baterías mandaba la primera D. Juan Aldama, y la última Portugal, y para defender las tres, Allende á quien se habia encargado dirigirse la acción, dispuso de la poca fuerza regularizada que tenia. «La infantería arreglada se situó tras de las baterías: en otras tantas columnas cerradas: la caballería de la misma clase, se colocó en los flancos de las baterías para apoyarlas: los flecheros debajo de ellos, y en el llano que se hallaba á la izquierda quedó al mando de Hidalgo lo que podia llamarse la reserva, y que se componia de una multitud incontable de gente sin disciplina, y en la que se encontraban mas de quince mil «caballos (1).» Los españoles levantaron hasta el cielo, como lo hacen todos los vencedores, las dificultades con que hubieron de luchar, y que en realidad se redujeron al heroico valor de los defensores de la independencia; porque teniendo aquellos una superioridad infinita en cuanto á la disciplina y regularidad de sus fuerzas, no podian en verdad contar con otro obstáculo que el de la fuerza numérica, si es que puede serlo una circunstancia que unida á la falta de disciplina, siempre como en aquel caso, mas contribuyera á la derrota que á la victoria. Ademas, las fuerzas del ejército de Hidalgo que entraron en acción, no pasaron de ocho mil hombres, cuya disciplina clara es que no podia ser buena.

En Guadalupe, en los pocos días que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo se dedicó á disciplinar y organizar siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artillería, que tenían por todo tres mil cuatrocientos hombres (2), tan poco instruidos como podian haberlo sido en tiempo tan corto, y faltando absolutamente oficiales. Los pocos que quedaban del batallon de la Reina y del de infantería de Celaya, eran los únicos que podian contarse como disciplinados; y en cuanto al armamento, el estado del ejército era tan malo, que no tenían mas que mil doscientos fusiles viejos y recompuestos, por lo cual ocurrieron al arbitrio de construir granadas que se lanzaban con hondas, y cohetes enormes con flechas ó puns de hierro agudas que se debian arrojar contra la caballería (3). La esperanza de los gefes de la independencia se cifraba sobre todo en una numerosa artillería. Se recogieron los pocos cañones que habia á las manos, se fundieron otros muchos, y se mandaron traer desde S. Blas todas las piezas que componian su

(1) Dr. Mora.

(2) Dr. Mora.

(3) Bustamante en el Cuadro histórico.

artillería gruesa y cuyos calibres eran de 16 á 24. Su trasporte fué un verdadero prodigio, puesto que aquellas piezas enormes fueron arrastradas durante mas de cien leguas de un camino fragosísimo, y por el cual en algunas partes jamas han pasado ruedas; sin mas máquinas que los hombres de millares de mexicanos que "regaban materialmente la tierra con el sudor de su cuerpo," como ha dicho el Sr. Bustamante. Algunos de aquellos cañones quedaron desbarancados en Mochitúlic, y llegaron á Guadalupe 43 de los que se mandaron treinta y tantos al campo de Calderon, donde se reunieron 103, de los que 8 se desbarancaron y 87 cayeron en poder de los españoles; de estos, 43 eran fundidos por los insurgentes (1). En cuanto á Calleja, su ejército constaba de seis mil hombres perfectamente disciplinados, con la mitad de caballería, diez piezas de campaña y un repuesto enorme de municiones (2). Tales eran los dos ejércitos que debían batirse.

En la tarde del 16, Calleja se acercó á hacer un reconocimiento del enemigo: dos compañías de voluntarios de Celaya y Guanajuato, prosiguiendo el reconocimiento, se encontraron con las avanzadas americanas, y sostuvieron con ellas un tiroteo, que alarmó á Calleja de tal suerte, que mandó en su auxilio al cuerpo de infantería ligero de San Luis, á la compañía de escopeteros de Río-Verde, y á los escuadrones de España y México (3). Las avanzadas sostuvieron el fuego, y se retiraron en órden al puente. Calleja se situó á tiro de cañon de este, y no volvió á ocurrir novedad durante la tarde. Llegó la noche, y los dos ejércitos durmieron acampados á tiro de cañon el uno del otro, y en medio de aquel silencio profundo, que no era mas que el lúgubre precursor de las tremedadas escenas que debían verificarse á la vuelta del día. Torres instó por que se le diesen unas piezas y alguna fuerza, para molestar toda la noche al ejército realista; pero Allende no convino con esta idea, que segun uno de nuestros historiadores (4), hubiera podido dar grandes resultados, debilitando y aterrorizando á los enemigos, en los cuales, la multitud de los contrarios, debía siempre producir gran temor.

En cuanto á Calleja, conocia las ventajas de la disciplina: aseguró á su ejército, que "aquellas masas inmensas de caballería, introducirían el desórden y la confusion en sus líneas dandoles la victoria (5)", y despues de practicado otro reconocimiento por el comandante de la artillería, D. Ramon Diaz de Ortega, formó su

- (1) Estado remitido por Calleja.
- (2) Dr. Mora.
- (3) Parte de Calleja.
- (4) Dr. Mora.
- (5) Su proclama de la víspera.

plan reducido á que "una columna atacase por la derecha del enemigo, hasta desalojarlo de la loma y baterías, al mismo tiempo que otra por la izquierda, le llamara la atencion por ambos lados, y atravesara el puente, ó vadease el arroyo segun conviniera, cayendo á un tiempo con todas las fuerzas sobre el centro, "en que se percibia el grueso del ejército contrario (1)." En la noche hizo reconocer si habia algun paso vadeable para subir á la loma donde estaba la batería principal, y por la mañana distribuyó su fuerza en tres columnas. La primera se puso al mando de D. Manuel Flon, conde de la Cadena, antiguo gobernador de Puebla, y famoso por el carácter implacable y sanguinario que habia desplegado en la guerra de la independencia, y se componia del regimiento de infantería de la Corona al mando de D. Nicolas Ibarra, y de los regimientos de México, Puebla y Querétaro al mando, el primero, del capitán Baron de Antonelli, y los otros dos al de los coronados D. Diego Garcia Conde y D. Manuel Pastor, con cuatro cañones de batalla (2). Al mando de D. Manuel Emparán formó otra columna de enballería, para que acometiese por la derecha, flanqueando la última batería de aquel lado; mientras que el coronel D. José Maria Jalón debía acometer por el centro, quedando Calleja con la reserva para ocurrir á donde conviniera (3).

Por su parte Allende dispuso que Abasolo se colocara en la cabeza del Puente mandando una fuerte division que se extendia al pie de las dos baterías, con el objeto de impedir el paso del ejército de Calleja. Tales fueron las disposiciones de la batalla.

El día 17 el ataque comenzó con la claridad de la aurora. El conde de la Cadena marchó el primero con su division, llevando los cañones á mano y superando la dificultad que presentaba el terreno, y la accion se comprometió en el acto. Las valientes tropas de Abasolo le salieron al encuentro, y emprendieron una lucha sangrienta con objeto de impedirle que subiese á la loma, y pretendiendo cortar de la division principal una seccion considerable de infantería, que al mando del capitán D. José Ignacio Vizcaya, protegía la marcha de aquella, con la que logró al fin reunirse, llevando dos cañones que quitara á las fuerzas independientes. Entonces Calleja que se habia movido protegiendo la

- (1) Estas son las palabras de su parte, aunque es probable que haya querido presentarse, pidiendo el plan de batalla, en el mismo órden que observó despues, estrechado por circunstancias harto desgraciadas para él. En su proclama despues de la victoria dice, que la batalla fué obra de seis minutos, y en muchas otras de sus comunicaciones se ve con frecuencia las fanfarrosadas y pedanterías mas ridiculas.
- (2) Parte de Calleja.
- (3) Dr. Mora.

marcha de la primera division, se dirigió hácia el Puente con objeto de tomarlo, y no pudiendo hacerlo porque "tenia delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posicion (1)," se adelantó con su estado mayor, cuatro cañones, el batallon ligero de Patriotas, la compañía de escopeteros de Río-Verde, las dos de voluntarios y su escolta, y ocupó una pequeña eminencia que se ve á la izquierda del Puente y cerca del lugar donde estuvo la tercera batería.

Entre tanto la accion se habia comprometido en la izquierda y en la derecha. El conde de la Cadena, orgulloso con el éxito que habia obtenido y llevado de su natural fogosidad, atacó la gran batería. Ni el parte de Calleja, ni el detail de los cuerpos realistas, ni las noticias tradicionales que sobre esta batalla nos han quedado, ministran los datos suficientes para seguir todas las evoluciones del ejército; pero sabemos sí que despues de cuatro horas de un combate obstinado y sangriento, la victoria parecia favorecer á los gefes de la independencia. El fuego de la batería principal, el ataque sostenido de la infantería, cuyos tiros eran secundados por multitud de piedras y de flechas, y el récio encuentro de la caballería, tenían, despues de dos horas de combate, reducida á la division del conde de la Cadena al mayor apuro. Fatigada la tropa y escaseando las municiones, se habia visto en la terrible precision de retroceder y hacerse fuerte en su rotaguardia (2); allí la artillería vino á acabarse su parque, sostenia ya apenas un fuego lento; desordenada la infantería buscaba mas ya la retirada que el combate, y los dos regimientos de dragones de Puebla y S. Luis que se sostenian contra todo el grueso del ejército enemigo, comenzaban á retroceder (3), cuando se advirtió que Calleja, apercebido de aquel desastre, mandaba una fuerte division compuesta del 20 batallon de Granaderos, los dos escuadrones de caballería del cuerpo de Frontera y los dos cañones del Parque, al mando del primer ayudante D. Bernardo Villamil. Sin el extraordinario valor de Flon y las ventajas de la disciplina, el combate hubiera terminado en aquel momento. Allende trataba de aprovecharlo, y mandó que la division de Torres continuara sus ataques con el mayor empeño, y que la caballería se precipitara sobre la indecisa fuerza de Flon. Dos veces se tocó á déguello, y dos veces la caballería fué rechazada, porque el fuego de la artillería no causaba todos los estragos que debiera, porque las cureñas de los cañones eran bastante imperfectas y no podian dirigirse bien con

ellas las punterías, y porque ademas los cuerpos de infantería no tenían la disciplina necesaria para vencer aquella resistencia de fuerzas perfectamente instruidas y organizadas. Estas circunstancias fatales que por dos veces impidieron la victoria, duraron tiempo á que Villamil llegara dirigido los fuegos de su artillería, con lo que la batalla se restableció, salvando á la division del conde de la Cadena, de una derrota casi segura. Pero los independientes no cedían, y habiéndose incendiado á poco con los fuegos un gran pajonal que habia en el campo (1), Allende quiso aprovechar aquella circunstancia, y mandó que en el acto el grueso de la caballería é infantería de flul duran un recio ataque á la division; pero lo resistió la seccion de Villamil, haciendo que la infantería cargara á la bayoneta yendo á carrera, formando en batalla y protegida por la caballería. Este movimiento, y la circunstancia de que el viento arrojaba el fuego y el humo contra el frente del ejército mexicano, hicieron que

(1) El incendio del pajonal y la explosion del carro de la pólvora, han sido esplicados de diversa manera. Torrente que lleva su parcialidad hasta un estremo ridiculo, calla esta circunstancia que disminuiria el mérito de su héroe, y nada dice de ella el Sr. Zavala. El doctor Mora omite el incendio del parque, y atribuyendo el del pajonal á la descarga simultánea de las sesenta y siete piezas en los últimos instantes de la batalla, lo da por principal causa de la derrota. El Sr. Bustamante dando igual importancia al incendio del pajonal, lo atribuye al del parque. Yo he procurado examinar este punto con todo detenimiento, y me parece incontestable que hubo en efecto un carro incendiado y un pajonal en el que prendió el fuego. Testigos oculares de aquel suceso me han referido que vieron los estragos del carro, y que encontraron multitud de muertos y heridos por él; de suerte que en este hecho no me cabe duda, y como el pajonal no podia haber causado estos estragos, parece indudable que es incorrecta la relacion del doctor Mora. Ademas, sí como este señor supone el incendio del pajonal se hubiera verificado en los últimos instantes de la batalla, que fué cuando dispararon á un tiempo las sesenta y siete piezas de la gran batería, este suceso no hubiera podido influir en la batalla, porque en aquel mismo instante la caballería y la artillería de los españoles estaban á tiro de pistola de la batería americana, y obraron con tal celeridad que los cañones cargados á metralla no pudieron dispararse. Por esta misma circunstancia creo tambien que debe rectificarse la relacion del señor Bustamante, como yo lo he hecho, poniendo el incendio del parque al fin de la batalla, que es cuando en efecto sucedió, y el del pajonal en la accion particular entre el conde de la Cadena y la division de Torres. En esta explicacion se concibe perfectamente lo que era tan difícil de combinar, en el supuesto de que el incendio del parque hubiera causado el del pajonal, es decir, que el fuego y el humo hubiesen dado contra el frente del ejército independiente cuyos carros de municiones deben considerarse colocados detrás y no delante de sus filas; y ademas está apoyado en un documento de mucho crédito, en el extracto que el mayor general de infantería hizo de la relacion dada por el teniente coronel D. Joaquin del Castillo, en cuyo parte se habla del incendio, del campo, en el lugar y con las circunstancias que yo lo he adoptado. Y debo agregar que este incendio se verificó tambien en la tercera batería, y en muchos otros puntos del campo de batalla.

- (1) Son palabras de su parte mismo.
- (2) Extracto del parte de la infantería.
- (3) Parte de Calleja.

después de disputar largo rato la victoria, se replegase a su antigua posición; sin que las fuerzas enemigas pudieran aprovechar esta ventaja, porque demasiado fatigadas ya y habiendo consumido las municiones se limitaron a guardar su campo, haciendo una resistencia cada vez más débil y que más presagiaba la derrota que la victoria.

Durante este tiempo la división española de la derecha estaba en los mayores apuros. El general Emparán avanzando con su división, había tomado la espalda de la tercera batería sobre la cual se dirigían también los fuegos de la artillería de Calleja, y lejos de lograr que se desconcertase la fuerza situada en aquel punto, encontró en ella una resistencia tenaz y obstinada. La artillería había hecho un fuego incesante sobre la caballería, y ésta desconcertada por tanto valor, por la multitud de enemigos, y por la circunstancia de estar muy mal herido el mencionado general Emparán, cedía ya cuando la división que había quedado á las órdenes de D. José María Jalón marchó con toda celeridad á auxiliarla. Aquellas tropas de refresco vadearon el río teniendo el agua hasta la rodilla y llegando al campo en el momento de la derrota desplegaron en batalla su izquierda y poniéndose en el intermedio de la caballería casi vencida y del ejército independiente, cargaron á la bayoneta, y con aquel movimiento hábilmente combinado, arrebataron con torrentes de sangre (1) la victoria que los gloriosos campeones de la independencia creían alcanzar por segunda vez. Con todo, no por esto cedieron: Aldama y Portugal que defendían aquella línea, mandaron sobre ella un nuevo refuerzo que ya no llegó al campo, porque el estado de la batalla escigia del jefe realista un movimiento rápido, general y decisivo.

En efecto, después de tantos y tan sangrientos como obstinados combates, la victoria sonreía aún por tercera vez al ejército independiente. En la gran batería de la derecha, después de cinco horas de combate, el conde de la Cadena sin poder adelantar un paso, se limitaba á guardar su posición en espera de auxilios y municiones; mientras que las fuerzas de sus enemigos sin cesar reforzadas suplían la disciplina con el brío. A la izquierda Emparán gravemente herido, y apenas escapado de la derrota, estaba acometido por las fuerzas que volvían contra él; mientras que una fuerte división se dirigía con objeto de cortar los equipajes del ejército realista y ponerlo entre dos fuegos; operación dispuesta por Allende, y que verificada de-

(1) Este combate fué muy sangriento, y en los partes se asegura, que en la infantería de Jalón, no había una sola bayoneta que no estuviese manchada de sangre.

bia poner en confusión y completa derrota á las fuerzas todas de Calleja. Este conoció la enormidad del peligro, y se decidió á hacer un último esfuerzo, concentrando toda la acción en la batería principal del ejército independiente y aventurando á un golpe instantáneo y decisivo la suerte de aquella batalla, cuya prolongación le era funesta por la superioridad del número y el indomable valor de sus contrarios. Se puso al frente de toda la reserva: reunió la división de la derecha, y pasando el puente fué á reunirse con la división de Flon que estaba en los últimos apuros, y en la que su presencia infundió valor y su prestigio consiguió reunir á los dispersos. Los independientes replegaron en el acto su campo sobre el punto de la batalla, y allí comenzó el combate. Las divisiones de Calleja y Flon, y las de Abasolo y Torres, estuvieron en un momento la una enfrente de la otra, y comenzaron un combate sangriento, en el que los americanos no cedían un palmo de tierra; Mas Calleja que tenía resuelto avanzar, lo arrengó todo y se adelantó, mandando por delante sus diez cañones de batalla, los que seguidos del batallón de Granaderos y el regimiento de la Corona, tomaron la izquierda por la orilla de la barranca en que estaba apoyada la batería principal: el batallón de Patriotas y los cuerpos de caballería marchaban al mismo tiempo por la derecha, protegiendo el paso de la división de Emparán que en aquel acto desembocaba por el puente: un momento después, aquel por la retaguardia de la derecha y Flon por la de la izquierda, se dirigían también á la batería principal, y de esta manera el ejército todo se batía entre el puente y la loma.

El independiente doblaba sus fuerzas con su valor. Abasolo cargaba por detrás; Aldama se dirigía con su división á proteger la batería, y Torres defendía esta con una gran serenidad de ánimo. La batalla era general y terrible, y hacía ya un cuarto de hora en que los dos ejércitos á medio tiro de fusil se atacaban con un furor recíproco, sin ceder ni uno ni el otro, cuando una granada cayó en un carro lleno de municiones del ejército mexicano, é hizo en su campo una explosión tremenda. Multitud de hombres perecieron incendiados: las fuerzas próximas al lugar de la catástrofe se desconcertan, y Calleja aprovecha el momento: la caballería se precipita por la izquierda: por la derecha avanza Ortega, comandante de la artillería, y detrás de él la infantería ataca á la bayoneta, cargando en batalla y á la carrera. El ejército independiente aterrizado con la explosión del carro de municiones, incapaz de poder dar dirección á las piezas de la gran batería, y atacado por un movimiento veloz, se vió estrechado, teniendo á su espalda una inmensa barranca y por su frente un ejér-

cito de 6.000 hombres bien disciplinados y armados. No pudo resistir, y este fatal momento decidió de la victoria. Las piezas cargadas á metralla no llegaron á dispararse, y las fuerzas que guarnecían la batería principal tomaron la huida; en tanto que Abasolo, Allende y Aldama se retiraron batiendo el ejército español, impidiéndole que persiguiese á los fugitivos, y apoderándose de la última batería prolongaron allí bastante tiempo la resistencia, hasta que cediendo ya al número, á la disciplina y á la fortuna, se retiraron tranquilamente del campo de batalla, teniendo el tiempo necesario para recoger sus equipajes, y organizar las pequeñas secciones con que marcharon después para Aguascalientes.

El enemigo no pudo atacarlos en su retirada (1), y un solo hombre, el conde de la Cadena, á cuyo corazón no bastaba la sangre derramada y que ciego en su furor se dirigió con solos doce dragones, para continuar su carnicería en los vencidos que huían, encontró bien pronto una muerte horrible y demasiado merecida. En el día de la victoria un cadáver livido, denegrido y lleno de heridas, era todo lo que quedaba en el campo de los vencedores del feroz asesino de Guanajuato. Guadalajara vencida, entregada sin piedad á la venganza de sus crueles vencedores, era el objeto con que su saña se había deleitado muchos días antes, y así la ciudad inermemente un consuelo al saber que su verdugo ya no podría perseguirla. Pero Calleja y Cruz le quedaban todavía. El primero hizo fusilar en el campo de batalla ciento y tantos prisioneros que se habían tomado (2), reservando otros doscientos para ostentar su triunfo en Guadalajara, en cuyo lugar los diezmo; y Cruz iba á tomar el mando de la Nueva Galicia, donde después de diezmar las poblaciones y sacrificar multitud de inocentes, debía huir como un cobarde á la proclamación de la independencia.

La batalla de Calderón, tan grande y terrible

(1) Torrente, que es sin duda, uno de los peores historiadores que se conocen, no solo calumnia á Allende, suponiendo que se retiró del campo de batalla, dejando abandonadas en él sus tropas, sino que asegura que el ejército realista no dió alcance, porque *los mexicanos que huían eran tan compados é insensibles, que la caballería no tenía claro por donde pasar*.—Este hombre es mal historiador y peor novelista.

(2) Esta noticia, me la ha dado una persona respetable, que asistió á aquella memorable batalla, y la misma me ha asegurado que la pérdida del ejército independiente en la batalla, no pasó de 500 hombres muertos. La del español según los partes, fué de 50 muertos y 125 heridos. El Dr. Mora dice que los primeros pasaron de 500, y Zavala asegura que en el ejército independiente está estruendo por número, pero que por error de imprenta hay un cero más; antes que suponer que un hombre como Zavala cometiese tamaño error. Así el ejército de 800 me parece exagerado, y está definido sin duda de los partes del ejército español, que dicen una cosa equivalente.

en la historia; cómo no será un manantial de sentimientos dolorosos y de pensamientos profundos, cuando sobre aquel suelo consagrado por la sangre generosa de tantos héroes, se ven todos los lugares en que la suerte del combate se decidió por ríscos encuentros, y la imaginación nos trasporta á aquel día de heroísmo y de infortunio? Yo me figuraba viendo los esfuerzos prodigiosos de la multitud que allí combatió. Miraba á los solos enatro meses de proclamada la emancipación, un ejército con cien mil hombres y cien piezas de artillería, ir á batirse con una división bien disciplinada. Contemplaba cómo aquellos hombres desnudos y sin armas, lucharon seis horas sin retroceder, ante las baterías que los segaban á centenares. Me figuraba á los nobles gefes de la independencia dirigiendo el combate, supliendo la ciencia de los ejércitos con el instinto de la libertad, y separándose los últimos del campo de batalla, para ir á continuar la santa lucha, hasta que su sangre preciosa se vertiera en los cadalsos; y entonces ¡cuán grandes me parecían los héroes de mi patria, y cuán pequeños los que sin haber participado una chispa de su elevado patriotismo, han querido oscurecer su memoria, reprochándoles los errores de la época y las dificultades naturales de aquella lucha; como si ellos no hubieran aprovechado todos los elementos de que pudieron; como si no hubieran hecho todo lo que el valor y el patriotismo podían hacer, y como si los hombres á quienes no ha sido dado figurar dignamente en el oscuro horizonte de las discordias civiles tuvieran derecho de tocar una sola hoja del laurel de los mártires de la independencia!

Siempre he creído que la generación que venga, y que compare á las dos que se han precedido, y cuya herencia habrá de recoger, dirigiéndonos apenas una mirada de compasión, comigrará un culto puro y ascendido á los que destruyeron la obra de Hernán Cortés. ¿Qué obra! ¿Qué hombres los que la demolieron!

En aquel lugar recordaba yo, que allí mismo había estado Torres, huido y con el escudo campesino, que abandonó su familia y sus comodidades, para seguir el estandarte peliagroso de Dolores, y que vencedor en Guadalajara, no derramó la sangre de los vencidos, ni hizo verter lágrimas á las familias de los que persiguiera. Torres al mismo tiempo que Calleja entraba á degüello en Guanajuato, y que Flon inundaba de sangre á Grandaditas, dió libertad á todos los prisioneros, y garantizó á todos sus enemigos, en la ciudad misma, en la que poco después se le pasó por vilipendio en una carreta, cediéndole que levantara aquella mirrada que debía aterrar á sus asesinos. «Yo no tengo dijo, «porque bajar los ojos, y sin necesidad de eso

"instrumento los llevaré altos." Con la misma serenidad subió á la horca, en la que su cadáver permaneció espuesto, hasta que se le bajó para dividirlo en trozos, que se clavaron en varios parages de la ciudad. Este fué el gobierno español en la guerra de independencia.

Torres murió como un héroe, por el ingrato país, que todavía no inscribe su nombre glorioso en el lugar destinado para recordar el de los campeones de la independencia; y sus asesinos han arrastrado, y llevarán hasta el fin de su vida el enorme peso de aquel crimen nefando (1). La suerte de Torres me inspiró mil reflexiones melancólicas, sobre el triste fin que por lo común han tenido en el mundo la virtud y el heroísmo.

Mas adelante estaba el campo en que combatió Abasolo, hombre que como Torres, habia libertado de la muerte á multitud de españoles, para sufrir como él el peso de su ferocidad. La historia del noble y valiente Abasolo cuyas cenizas descansan en una mazmorra extranjera, y la de su heroica esposa, son uno de los episodios mas tiernos y sublimes de aquella lucha. Mis lágrimas cayeron sobre los lugares que me recordaban tan vivamente su memoria. ¿Y cómo olvidar la de Allende! ¿Cómo no pensar en el jefe denodado de aquella batalla? Hidalgo acusado de los malos sucesos de su causa, por la natural division de los gefes de una empresa desgraciada, habia dado una relevante prueba de su desprendimiento, cediendo á Allende el mando y todas las disposiciones del combate, del cual se mantuvo retirado con el cuerpo de reserva, á mas de una legua del campo de batalla.

Hidalgo, Aldama, y Allende, fueron los primeros autores de la independencia. Solos los tres en la casa cural de Dolores, habian pesado la suerte de la patria, en la noche para siempre memorable, del 15 al 16 de Septiembre de 1810, y entonces desconcertados en sus proyectos, perseguidos ellos y presos ya sus compañeros, Hidalgo con voz de trueno anunció, que era llegada la hora de quebrantar las cadenas, y solo con cinco hombres empezó para un combate de muerte á un poder terrible. Yo no sé que la historia refiera algo que se parezca á esto, y por ello he creído siempre que Hidalgo y sus dos compañeros de aquella noche eran grandes, colosales en la historia. Los tres emprendieron aquella guerra, y los tres vieron disiparse á los cuatro meses sus esperanzas en el campo funesto en que me encontraba. Aquí, decia yo, la victoria les sonrió: aquí pudieron creer un ins-

(1) Torres murió el 23 de Mayo de 1812. Los ultrages que se le hicieron en su entrada, y los horribles términos de la sentencia, fueron en realidad la obra de Cruz; mas aquella la firmaron D. Juan J. de Sotola y Viana, D. Francisco Antonio de Velasco, D. Manuel García de Quevedo, y D. Domingo Maria García.

tante realizadas sus esperanzas; y aquí tambien tuvieron que medir su grande alma con el infortunio. ¿Cuáles serian los sentimientos que agitaban á Abasolo y á Allende, cuando al frente de sus filas, hacian caer las de los opresores de su patria, y cuando resistiendo su choque veian en su esfuerzo y su disciplina, el signo precursor de la victoria! ¿Qué horas tambien las que Hidalgo pasó, oyendo el estrépido de la batalla, y sabiendo sus variables nuevas!...

Yo pensaba en todo esto: yo recorría todos los lugares, en que creia que hubieran pasado los sucesos mas importantes de la batalla figurándomelos con la imaginacion, y llena el alma de pensamientos dolorosos y de ideas melancólicas. Despues, en la mañana misma procuré encontrar alguna de las piezas desbarancadas en aquella batalla, y no encontré ninguna: probablemente estos monumentos únicos que han quedado en aquel campo de tan terrible suceso, estarian ya enterrados en el polvo de tantos años. Vi tambien una multitud de piedras sobre las que en otro tiempo se levantaban unas pequeñas cruces de palo, y en las cuales el vulgo creia que se habian recogido las osamentas dispersas de los cadáveres que quedaron insepultos en aquellos sitios, y retirándome despues al rancho, hablé de aquel acontecimiento, esperando encontrar algunos recuerdos tradicionales que nada nuevo revelaban, y que con todo, tenian para mí no sé que de sorprendente y solemne, escuchándolos en el lugar en que se habian verificado, y de la boca de los que hacian de ellos un recuerdo diario.

En la noche la luna brillaba sobre el firmamento. Millares de estrellas lucian sobre aquel cielo purísimo, y una calma profunda reinaba en los contornos. Me acerqué al puente, y sentado en una piedra de él, pasé largo tiempo revolviendo los recuerdos del día, y pensando sobre todo en las tremendas noches, que en aquel mismo lugar pasaron los dos ejércitos, la víspera y el día de la batalla. En la primera, mas de cien mil hombres, en la flor de la vida y con el corazón lleno de esperanzas estuvieron allí, pensando todos en el combate y en la victoria, y los mas de ellos en la grande obra de libertad y de justicia, que esperaban alcanzar con su valor y su vida. Al día siguiente, el tigre descansaba ya despues de haber devorado su presa: miles de hombres huian desparvoridos con el terror de la derrota: los gefes de la independencia se retiraban con el corazón lleno de pesar, acercándose al lugar en que debian hallar fin sus días preciosos: el campo estaba lleno de cadáveres, empapado de sangre, cubierto con los escombros de la batalla, y en él existían solo vivos, aquellos á quienes la victoria habia favorecido, y los que

prisioneros en sus manos, se guardaban para servir al orgullo de los vencedores en su entrada triunfal, y satisfacer despues su sed implacable de sangre. ¿Cuánto infortunio y cuántos dolores en este horrible drama! Lo que entonces sentí, no puede describirse, porque á pocos hombres ha dado Dios la facultad sublime de revelar lo que hay de mas íntimo y de mas tierno en el corazón humano. Pevó yo jamas olvidaré aquel día, en que á la pálida luz de la luna, y con los ojos humedecidos por una emocion profunda, fijos en el teatro del tremendo sacrificio, mi corazón preguntaba á la Providencia, ¿si tantas lágrimas, tanta sangre, y tanto heroísmo serian inútiles, ó si bien llegaría un día en que la sangre derramada en Calderon produjera la libertad, como al cabo de diez años produjo la independencia? En aquellos momentos, al menos mi fé en el porvenir de mi patria fué completa y segura, y mil otras ocasiones ha servido de consuelo á mi corazón, el pensar que Dios no abandonaría jamas la causa, por la cual quiso que se vertiese tanta de la mas noble y mas pura sangre que ha habido sobre la tierra.

México Diciembre de 843.—M. OTERO.

LA FLOR DEL SEPULCRO.

FLOR solitaria y hermosa
Que en este asilo agrado
Te levantas misteriosa,
Teniendo en el pie una losa,
Teniendo una cruz al lado,
Dime, flor, ¿si la ventura
Te hace tan galana estar?
¿Cómo puedes ¡ay! gozar
Entre tanta sepultura
Donde se viene á llorar?

¿Cómo puedes ¡tan hermosa!
En tu tallo sostenerte?
¿Cómo puedes, silenciosa,
Estar tan fresca y vistosa
En la mansion de la muerte!

¿Cómo pudiste hacer,
Aquí, do la nada habita:
Do en polvo se torna el sér;
Donde se acaba el placer:
Donde todo se marchita!

Aquí el ambiente aromoso
No mueve tu blanca frente;
Ni al arroyo bullicioso
Miras pasar, sonoros,
Con su limpida corriente.

Mil frescas y hermosas flores
No te envuelven, flor, aquí,
Ni los tiempos ruiseñores

Cantan sus dulces amores
Volando en torno de ti;

Ni te adormece el arrullo,
En la siesta esmeralda,
De tórtola enamorada;
Ni oyes el tierno murmullo
Que sale de la enramada;

Ni tienes vistosa alfombra
Para tu pie virginal;
Y cuando el sol te hace mal
No te cobija la sombra
De algun vecino rosal;

Ni oyes el cantar sencillo
De la inocente pastora,
Que canta bajo el tomillo
Mientras teje un canastillo
Para el pastor que la adora.

Dime, flor, ¿quién te ha plantado!
Por tu hermosura ¿quién veé
Y ¿cómo no te has secado
Teniendo una cruz al lado,
Teniendo un sepulcro al pie?

Tal vez en la noche umbrosa
Viene, misteriosa flor,
Alguna jóven hermosa
A regarte cariñosa
Con lágrimas de dolor;

Tal vez esa tumba encierra
De una virgen la existencia,
Y consolado su ausencia
Brotaste tú de la tierra,
Emblema de su inocencia;

O serás el alma pura
De algun sér angelical,
Y viene en la noche oscura,
A velar por tu hermosura,
El cariño maternal.

Tal vez guardas, olorosa,
En él tu cáliz ¡oh flor!
El suspiro de una hermosa,
A quien encierra esa losa
Su primer y tierno amor;

Tal vez eres la plegaria
De algun inocente niño,
Y en la losa funeraria
Quedaste así solitaria
Recuerdo de su cariño.

Dime, dime, flor galana,
¿Por qué has venido á vivir
Do está la muerte cercana,
Donde ese fatal "mañana"
El hombre viene á dormir?

¿Qué representas así,
Mostrándote tan hermosa,

Quando al redor de tí,
Tan solo se mira aquí,
A la humana llorosa?

Alma, recuerdo, plegaria
O emblema de la inocencia;
Vive, vive solitaria
Bajo esa cruz funeraria,
Con tu frescura y tu esencia.

A verte el hombre vendrá
Por sus penas arrastrado:
Aquí, flor, las llorará,
Y en tí el presente verá
Entre cenizas aislado.

Quédate, sí, tan hermosa,
Con tus misterios oh flor!
Mientras al pie de esta losa
Entono canción luctuosa,
Plegaria de mi dolor.

Veracruz, Octubre 19 de 1842.—José M.
ESTEVA.

(Escrita para el Museo).

MEDITACION.

HADADO UNA HORA.

DOCE veces se ha escuchado el sonido de una campana. El compás del tiempo ha dado un golpe. El metrónomo que marca á los mortales los instantes de la vida, los anuncia que ha pasado uno. El hombre ha dado un paso á la eternidad: el mundo se ha acercado á su fin.

Una hora ha pasado, y esta hora que ha pasado no volverá, y si le sucedieran algunas que tambien pasarán para no volver mas.

El hombre rie; el hombre goza de su existencia, y entre la algazara del mundano festin, ó en el lecho tranquilo del sueño, no piensa, no siente que ha pasado una hora.

Gozará el amante en los brazos de su bella todas las dulzuras, todas las delicias del corazón. ¡Ah! él contemplará, estasiado, los ojos de su amada, empañados con la lágrima del deleite; él libará en sus labios de carmín los encantos del placer, y hará resbalar por su frente de azucena el beso del amor. Ellos gozarán. Entre multitud de caricias que se prodigan, jurarán amarse, se jurarán un cariño eterno. ¡Infelices! Ellos disponen de su existencia, y su existencia tiene ya una hora menos; y su existencia que camina al sepulcro, ha hecho ya una jornada.

Pasan las horas para perderse en el olvido; se desprenden del presente y caen para confundirse en la nada de lo pasado. La vida pasa con ellas como pasa á pequeñas gotas por los poros de una vasija de barro el agua que contiene. El hombre rie y goza, sin embargo; porque ignora si la vasija se habrá mediado ya; porque no

piensa que cada hora que suena en su oído es una gota de agua que se desprende de ella. Ha dado una hora.

El avaro quizá se desvelará acumulando riquezas pécio de él como el condenado á muerte que en su tránsito al patibulo busca un remedio para aliviar una dolencia: sí, porque todos los hombres, al nacer, somos condenados á muerte; y la vida, esa misera existencia que gozamos, es el tránsito que hay de la capilla al lugar de la ejecución; y cada paso que damos es una hora que suena en nuestro oído. Ha dado una hora.

Son las 12. Ha concluido un día. Un día se ha borrado en la existencia de la presente generación. El silencio de los sepulcros reina por todas partes. Los mortales duermen: cual los personajes de un drama, ensayan hoy el papel que representarán mañana. ¡El sueño de la muerte! ¡Ah! despues de un siglo, todos los que hoy habitan la ancha estension del mundo, habrán desaparecido en él. Los reyes, los orgullosos maguates, confundidos estarán en la huesa con los miserables esclavos, y se habrán levantado nuevas generaciones, sobre las que pesará tambien la maldición del Señor.

La luna: ese astro hermoso que resbala en los campos, y en los mares, y en las ciudades su apacible luz, que cual la reina del espacio recorre su silencioso imperio, ¿qué es sino una lámpara mortuoria que alumbrá los sepulcros de las generaciones, y que á la consumación de los siglos se apagará tambien?

Una hora ha pasado. ¿Cuántos habrán dejado en ella de existir! En cada hora, en cada minuto, en cada instante arrastra el tiempo en su carrera centenares de víctimas. Dentro de algunos momentos, tal vez, se cumplirá la maldición que pesa sobre nuestra existencia; y tranquilos dejamos pasar estos momentos, y sonreimos al placer, y anhélamos títulos y honores cuando nuestra vida comienza á agonizar, cuando el implacable destino ha levantado quizá la cuchilla que ha de caer sobre nuestra cabeza.

El hombre goza en el mundo y lo ama: ama sus placeres, sin pensar que ellos son únicamente algunas flores que recoge en el camino del cementerio para adornar su misma tumba. Sí, porque el mundo es un vasto campo, continuamente transitado por una multitud de entes animados; por una grande caravana, que se dirige á un lugar donde debe arrojar una carga que pesa sobre sus hombros. A ese lugar, cansados unos del camino, lo distinguen de lejos; distraídos otros, tropiesan con él; y á esa grande caravana, á la que continuamente se agregan pasajeros y comienzan el camino, le señala una miserable campana los instantes que debe tardar en él. Ha dado una hora.

¿Adónde están Memphis y Cartago? ¿Adónde está Atenas? ¿Adónde, en fin, aquellas ciudades opulentas donde se erigian estatuas, con las cuales se creía inmortalizar algun nombre; donde se levantaban monumentos que desafiaban al tiempo? ¡Locuras de los hombres! El tiempo no dejará inmortalizar ninguno de sus monumentos, pues le basta para destruirlos, arrojar en cada hora un poco de polvo en ellos, ó separar un grano de tierra de su cimiento. El filósofo toma el báculo del viagero y se dirige á la patria de César y de Pompeyo: ¿qué es lo que ve! Un cementerio donde están los sepulcros de magnificas ciudades: campos eriales sembrados de ruinas; terrenos inmensos en que el hombre distingue, en una columna derruida, ó en el cimiento de un templo, las huellas de un pueblo sabio y numeroso que cruzó por ellos. Al tiempo nada sobrevive, porque es un insaciable monstruo: una colosal esfinge que se alimenta con multitud de víctimas, y se complace en destruir lo que la mano ó el orgullo del hombre ha levantado. Monstruo que recorre ansioso la ancha estension del mundo; cuyos ojos de fuego secan cuanto ven; cuyas garras de hierro destruyen y aniquilan cuanto pisa; y cuya espaciosa boca absorbe y traga cuanto en su curso encuentra. El hombre descansa tranquilo sin acordarse que este formidable monstruo se ha acercado á él; que sus pisadas suenan en el bronce de una campana. Ha dado una hora.

El puñal levantado ya sobre la víctima, caeria de las manos del asesino; el avaro, que arrastra una vida llena de remordimientos por obtener riquezas, las desprenderia; el tirano que por alcanzar un trono devasta los campos, arruina las ciudades y diezma á los habitantes de ellas, apartaría sus miradas del pedazo de tierra que anhelaba; si el infame asesino, y el insensible avaro, y el orgullosos tirano pudieran comprender el lenguaje elocuente y misterioso con que el tiempo, con sus lenguas de bronce, nos dice: "Mortales: ha pasado una hora."

Veracruz, Noviembre de 1843.—José María ESTEVA.

TRATADO DE LA CIUDAD DE MEXICO.

Y LAS GRANDEZAS QUE LA ILUSTRAN DESPUES
QUE LA FUNDARON LOS ESPAÑOLES.

La escasez de las obras de Betancourt, y lo interesante del opusculo que lleva el antecedente título, me inspiraron la idea de hacer un extracto de lo mas curioso que contiene, para ofrecerlo en las columnas del Museo.

Varios escritores de la historia antigua de

México se difundieron, y con razon, fijando la época de las fundaciones notables de la capital; pero esa que una relacion minuciosa y detenida, fuese estraña á su objeto, sea que absorbiesen su atencion profreentemente las instituciones religiosas, ó observaciones que recopiladas con sensatez, estudiadas con imparcialidad y sano criterio, darian tal vez una idea mas exacta del espíritu de la época de la civilización, y las costumbres que los indigestos cronicones, que estacionarios y presa de la polilla, yacen olvidados bajo la custodia de misántropos bibliotecarios.

Comienza el padre Betancourt fijando la consumación de la conquista, como es sabido, el martes 13 de Agosto de 1521.—La planta que se le dio á la ciudad fué cuadrada, cercandola con acacias, tres de las cuales atravesaban de Oriente á Poniente, para comunicacion del bastimento; "los barrios y arrabales estaban habitados por los indios, con callejones angostos y luercucillos de camellones con acacias, como los tenían en su gentilidad, donde sembraban flores y plantaban sus arbolcadas."

Antes de pasar adelante, diré que la obra del padre Betancourt que me ocupa y lleva por título *Teatro Mexicano*, se publicó por los años de 1696, y habla de presente en el *Tratado de la ciudad de México*.

"Entrase á la ciudad, dice el autor, por seis calzadas; las tres antiguas de Guadalupe al Norte, de Tacuba al Poniente, y la de San-Anton al Medio-dia; y por otras tres que hicieron los españoles: por la de la Piedad, por la de Chapultepec, y la de Santiago hácia el Poniente.

"Tiene tres plazas, donde no cesa el contrato, así de las cosas de comercio, como de bastimento y de comidas: la principal y mayor al Poniente de palacio; la del Volador, que es la de las escuelas; y la del marqués: otras muchas tiene, donde á los principios eran los contratos; la plaza de San Juan, donde era continuo el mercado y la venta de la ropa de la tierra; la de San Hipólito, donde miércoles y jueves por la tarde era el concurso grande para las cosas de bastimento; y la de Tomatlan, donde se hacia el tianguillo, que todo se ha reducido á la plaza mayor, y aunque se ha mandado poblar y vender como antes, no se ha podido conseguir."

Se nota en esta obra la falta de plan; así es, que describiendo muy rápidamente en los primeros párrafos los edificios, habla en seguida de las entradas á la ciudad y de las plazas, en los términos que se ha visto.

Hablando de las aguas de que se sustenta la ciudad, y despues de fijar su nacimiento como es sabido, en Santa-Fé una de las fuentes, y la otra en Chapultepec, cuya arquería dice que co-

menzó el marqués de Montes Claros, y acabó el de Guadaluazar, habiendo tenido de costo la obra, 150 mil pesos, hasta la cuja del agua que allí dice llegaba á la esquina del convento de Santa Isabel.

Esto justifica lo posteriores que son á convento, el colegio de Minería, y el Hospital de Terceros. Continúa Betancourt:

"Tiene la ciudad una alameda alegre y vistosa, que fundó el virey D. Luis de Velasco el Segundo, la primera vez que gobernó, para recreación de la ciudad, con sus calles de álamos y sauces &c., teniendo al Poniente el convento de San Diego, descalzos de N. P. S. Francisco, cuya vista se hermosa con la plaza de San Hipólito, y la cruz verde del Santo Tribunal que la adorna." Parece que en su principio, solo llegaban los laterales de la alameda al frente de *Corpus Cristi* y *San Juan de Dios*. D. Isidro Rafael Gondra así explica el acrecentamiento y mejoras de este paseo:

"El tiempo y el notable contraste que presentaba la inmediación de un lugar de recreo, con otro de horror y aflicción, contribuyeron á destruir el Quemadero, y á prolongar la Alameda." En 1791 la mejoró Revillagigedo, y después de la independencia tuvo las siguientes mejoras, "según el propio Señor Gondra: primera, el foso y cerco que la rodean, pues antes estaba cerrada con un enverjado de maderas segundas, la colocación en sus cuatro ángulos de las puertas de hierro que antes cerraban la plaza de armas que ocupaba el frente de palacio &c.," menciona otras mejoras que no referimos por no hacer difuso este artículo, y porque se hallan en el periódico titulado el Semanario de Señoritas, publicado hace muy poco tiempo.

Después de la idea ligera que da nuestro autor de la Alameda, y rompiendo toda ilación, se divaga y recrea en la pintura de los alrededores de México: la fertilidad de algunos pueblos, sus numerosas huertas, sus aves variadas, y sus frutas esquisitas; hasta que volviendo de la repentina covacha sin anunciarse, dice bajo el rubro de *Moscosas*:

"Hay mesones y hospitales para caballeros y plebeyos. Bodogones donde comen, garitos en la plaza donde hay quien bata chocolate, y cocineras que venden sus guisados, y está todo al gusto, apetito y necesidad tan abundante, que á las seis de la tarde hay tanto bastimento, como á las nueve del día puede hallarse."

"He aquí la iniciativa de los cafés! Venimos ahora la idea que da de la población de México.

"Y si lo hermoso de la ciudad está en los que la habitan, por la gala y aseó que los adoran,

pasan de ocho mil los españoles vecinos, y de veinte mil las mugeres de que abunda de todos estados, donde sobra el aseó y cede de la gallardía, y la mas pobre tiene sus perlas y joyas que la componen; por infeliz se tiene la que no tiene de oro su joyuela para los días festivos, y son pocas las casas donde no hay algo de varilla de plata que á la mesa sirva. Hay millares de negros, mulatos, mestizos y otras mezclas que las calles llenan, mucho gentío de plebe, y como dice Arias de Villalobos en su Mercurio.

"Tanto de esclavos número moreno, Cuento de cuentos y ninguno bueno."

Notables son las diferencias que con el México actual presenta el anterior: la población ha aumentado á cerca de 200,000 habitantes. En cuanto á perlas y joyuelas, sabe Dios cómo estamos, y no atinaré á decir si en el cambio de negros y mestizos, ó rubios y trasatlánticos, hemos perdido ó hemos ganado; lo que sí escribimos con orgullo, recordando algunas otras naciones que se tienen por culias, es, que en México no hay esclavos.

Dejemos proseguir á Betancourt. "Hay tres estancias; uno de los naipes que dejan las bolsas á la luna, en casas algunas con licencia, y en particular donde por diversion se juegan; otro de cordobanes y vaquetas, y otro de solimán labrado para las caras de las damas."

Hoy, gracias al progreso, hay casas de juego, sin licencia se entiende, porque no la necesitan. En cuanto al solimán, se conoce que el bello seso entre nuestros antepasados, era lo propio que el actual; sin mas diferencia, que hoy se recurre á la cascarilla y toalla de Venus, colorete &c., para cubrir las trigüñeces de nuestras frentes.

"Hay un coliseo famoso en el Hospital Real de los indios, con otras dos casas en diferentes barrios, donde los oficiales del contenido representan comedias, algunas *criollas de la tierra*, y las mas de España, engendradas allá, y acá paridas."

Muy sensible es para la literatura, que no hayan llegado á nuestros tiempos, en que pueden perpetuarse con menos dificultad las obras del ingenio por medio de la prensa, ninguna obra dramática de las que menciona Betancourt.

"La gala y el lustre es grande: el aseó y adorno en ricos y oficiales, los de menor cuantía fante oficiales gastan gollitas y capa negra, andan en carroza y en caballos, grandeza es; pero quien viere á todos en un concurso, no diferenciará el caballero rico, ó mayorazgo, del oficial mecánico, le parecerá poca política; pero es bizarría de la tierra que infunde señorío y engrandece humildes corazones, aniquilando cultadas condiciones."

Esa bizarría de la tierra que menciona el autor, favorecida por el cambio de sistemas políticos, y los trastornos revolucionarios, ha producido sin duda la confusión en las clases y ha dado á las costumbres ese carácter indefinido que hoy conservan; esa es la razón porque hoy el humilde escribientillo, y el cajero de casa de comercio con proporciones escasas, visten elegante, y es difícil distinguirlos del niño mimado del rico magnate; he aquí tambien por qué ese jóven petimetre que salió de la *sóiré* de buen tono, entra en conversacion, y tiene unas necesidades domésticas poco diferentes de las del sastrecillo oscuro, que vive en el cuarto bajo, y con él se tutea y le sirve de padrino de casamiento; he aquí por qué la señora que se presenta con soberbio *schal* en el teatro, por competir con el lijo de la esposa del capitalista H, se encuentra dentro de su casa calzándose *chancas* y envuelta en su rebozo, gustando en platos de rica porcelana, el plebeyo *pato* pregonado por la indígena en las calles; he aquí... Pero dejemos esto, porque eso sería descender á la descripción de las costumbres, y ese no es mi objeto.

"El natural de la gente comunmente es apacible, el lenguaje de lo mas propio que puede desearse; los caballeros y nobles son muchos, como ramas de lo mas ilustre de España; muchos hay de órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, y apenas hay calle de las principales donde no vivan muchos caballeros.

"Los criollos que nacen acá son agudos y profundos en todo género de ciencias, aunque á los cuarenta años los mas desmayan en el estudio, y solo en la juventud trabajan, porque los varios entretenimientos los divierten, y como no hay todas veces para tantos premios, los desalvan; y lo que mas admira á los extranjeros es, que tan temprano amanece el uso de la razón á los niños, y que todos sean en general de tan levantados ánimos, que son pocos los que se inclinan á las artes y á los oficios mecánicos, que sus padres ejercian, y es que el clima, la abundancia y riqueza de la tierra, les levanta los ánimos y embobea los pensamientos.

"No tiene México que envidiar las glorias de las ciudades antiguas en la riqueza: si el año de 607 se apreció en 20 millones, y el año de 37 en 50; despues acá aquí no habrá crecido en valor en 50 años, en que se han labrado mas de veinte templos sumptuosos y millares de edificios, que apenas hay calle donde no se abren ó se adolecen casas! A muchos de nuestra Europa igualan, y pocas le exceden. Arias de Villalobos la hace entre todas famosa en siete CC, que á buen pensar son, calles, calzadas, caminos, carrozas y canoas; si bien pone otras dos CC que se hallan muy comunes, que son, criaturas y capas

negras, y pone multitud de oficiales en todo género, que tambien se hallan en cualesquiera."

Como lo tiene de costumbre, se divaga el autor en la pintura de las festividades religiosas y esmero público en el culto, señalando como prueba, el gasto de 80,000 pesos de cera en un solo mes.

Aunque consagra un párrafo á la temperatura, que él llama temple, no dice nada sustancial, sucediendo lo mismo respecto á las enfermedades que numera en seguida.

Todo el capítulo segundo de esta obra lo consagra Betancourt á dar una idea muy diminuta, la cual me abstengo de extractar, por ser muy conocida y bastante imperfecta, la que dan el padre Cayo y su continuador el Lic. Bustamante, en los tres *Siglos de México*.

El capítulo tercero lo dedica nuestro autor á la Santa Iglesia Catedral, fundada por bula de Clemente VII, fecha 6 de Septiembre de 1534, bajo la protección de D. Fernando Cortés, marqués del Valle, dedicada á Ntra. Sra. de la Asunción, fabricándose en el propio sitio que ocupaba el gran templo de Hutzilpochtli, sitio que fué primero perteneciente á los religiosos franciscanos; he aquí como está descrita la parte material del templo.

"*Fábrica*.—La fábrica tiene cinco muros en mas de 300 pies de longitud, y 192 de latitud, que hacen 74 varas. Toda la obra es de orden jónico, y las bóvedas de trinecia fuerte y vistosas; tiene en sus naves y capillas 164 ventanas; los rayos del sol entran todo lo mas del día; la frontera cea á la plaza mayor hacia el medio día, con tres puertas principales labradas con primor, de piedra blanca, con la imágen de la Asunción en el lugar principal, de relieve, con columnas, lazos, imágenes de talla entera en sus nichos que la adorna. En la testera tiene dos puertas al Norte, y en cada lado una que sale á la plaza del marqués, y otra al palacio arzobispal; á los dos lados delanteros dos torres, en la que está sembrada hay finisimas campanas, que hacen un alegre y armonioso repique; las capillas, aunque todas en el adorno de retablos dorados, imágenes y pinceles son iguales, al ver á cada cual de por sí parece que lleva á todas la primacía en el adorno, porque cada cofradía ó gremio que la goza en competencia religiosa se aventaja (1)."

De la riqueza de la Catedral se habla con mucha vaguedad y rapidez, mencionando solo como mas notable las dos imágenes de la Virgen, una de oro y otra de plata, el tenebrario que el Señor deán D. Diego de Malpartida dispuso de obano, marfil y plata, cuyo costo fueron 6,000 pesos, lo mismo que la pila bautismal de plata,

(1) El plano de la Catedral lo trazó el célebre Herrera, que construyó el Escorial.